

PRÉSTAMOS Y REGALOS

Seré breve, porque a una biblioteca se viene a leer antes que a hablar, y bastaría con abrir cualquiera de los buenos libros que hay ahí para que yo no tuviera nada que decir. No me detendré en ninguno de los dos tópicos que acechan este tema: ni en Borges ni en la Biblioteca de Alejandría, es decir, no hablaré de lo que no fue y solo se soñó como utopía, ni de lo que fue y dejó de serlo por causa de la intolerancia.

Gracias por haberme invitado a decir aquí unas palabras, aunque yo sea un profano en la materia. Técnicamente, no sé nada de las bibliotecas. Lo desconozco todo sobre el sistema de clasificación de los libros, sobre sus secciones o sus fondos, sobre estadísticas de los más solicitados o sobre usos de los lectores. Sin embargo, soy un usuario antiguo, fiel y agradecido de las bibliotecas, y estoy convencido de que, si el mundo se bibliotecara, todo marcharía un poco mejor.

Gotthold Ephraim Lessing, el autor del *Laocoonte*, vivió en Alemania en el siglo XVIII, en la época de la Ilustración, en un tiempo y en un ambiente que despertaban al mundo de la cultura, del pensamiento y de la espiritualidad en las distintas ramas de las artes y de las ciencias. Lessing pasó los últimos once años de su vida en Wolfenbüttel, trabajando como encargado de la Biblioteca Herzog August, el fondo bibliotecario más antiguo y completo al norte de los Alpes, en el que fue pionero en establecer un servicio de préstamo que hoy nos parece normal, pero que entonces, cuando los libros eran artículos de lujo, representaba una revolucionaria, valiente y generosa novedad. Cincuenta años antes, el titular de ese puesto había sido Leibniz.

Y cito a Lessing porque, a mi entender, el préstamo de libros, más que la consulta o la sala de estudios, es el gran regalo que nos hacen las bibliotecas. En mi caso, sin esa inestimable ayuda no podría haber escrito algunos de mis libros.

Es el préstamo lo que hace que las bibliotecas públicas sean una fuente de cultura más nutricia que las salas de concierto, las filmotecas, los museos, donde el patrimonio cultural se ve, pero no se toca. Y mucho menos se presta. Es el préstamo de libros lo que convierte a las bibliotecas en manantiales

adonde acude el ave sedienta para calmar su sed cuando el calor aprieta o, si se quiere, en graneros adonde acude el ratón y de donde sale con la panza llena de trigo.

Me gustaría evocar el primer libro que saqué prestado, pero no lo recuerdo. Sí sé que nadie lo sacó por mí. Recuerdo mi edad, catorce años, y el lugar, la vieja biblioteca del palacio de la Isla, en Cáceres, y recuerdo el sentimiento de incredulidad que no desapareció hasta llegar a casa y encerrarme con él en la habitación. Había conocido otra biblioteca antes, la de los maristas de San Calixto, en Plasencia, pero allí no existía el préstamo como tal, pues los ejemplares eran de uso interno y no podían sacarse fuera de los viejos y oscuros muros del edificio.

A aquel primer libro lo siguieron enseguida otros muchos. Unas veces eran volúmenes toscos y manoseados, impresos en papel áspero y amarillento; otras veces eran ediciones en ese finísimo papel biblia que exige que sean suaves las yemas de los dedos que pasan las páginas. En cualquier caso, con todos ellos fui ampliando el reino de la fantasía y de la libertad, pues allí no había censura.

Entonces los libros estaban marcados con un tampón de tinta, un tanto neurótico, en el propio lomo y en muchas de las páginas, al inicio, al final y en el interior, con preferencia al comienzo de los capítulos, y llevaban pegado en las guardas un sobre con una tarjeta de color amarillo en la que un bibliotecario –que en mi memoria siempre tiene gafas bifocales- marcaba con otro tampón de tinta la fecha de entrega, técnicas que ahora ya parecen muy antiguas, desaparecidas con los controles electrónicos, los códigos de barras y las lentillas progresivas.

Aunque más tarde, sin ser un bibliófilo, llegué a tener muchos libros en propiedad, hoy sigo acudiendo a las bibliotecas como acudiría a un sanatorio, a buscar libros que funcionan como analgésicos o como placenteros estimulantes, como marcapasos que impiden que se nos detenga el corazón, pues, al fin y al cabo, las bibliotecas no son sino un servicio público que atiende a la salud cultural y anímica de la sociedad y contribuye a que no muramos de aburrimiento. Y siempre conviene recordar que todo servicio público es democrático.

Nada más grato que entrar en una biblioteca como en una casa, en estos

recintos libres, sin sacralizar y sin privilegios ni derechos de admisión, gestionados por prestamistas de libros que no piden nada a cambio, que incluso se alegran cuando se los solicitamos. Al traspasar el umbral, nos encontramos, esperándonos en las estanterías, con antiguos conocidos con quienes ahora tal vez no nos apetece detenernos, o con los rostros amistosos de los amigos de siempre, o con nuevas caras que parecen vibrar sobre las baldas para atraer nuestra atención, pero en todos los casos ninguno nos da la espalda. Siempre es una alegría descubrir un libro raro que no esperábamos encontrar en los fondos, aunque no es menor el disgusto cuando vamos corriendo a la biblioteca y resulta que está prestada la obra que necesitamos con urgencia y que no podemos conseguir de otro modo.

Este sacar los libros uno a uno tiene una virtud colateral frente a las descargas masivas de la piratería: tengo la impresión de que, con el ritmo de lectura que impone el préstamo, se evita caer en esa tentación de devorar libros porque sí, más de los que podemos asimilar, casi hasta ahogarnos, con precipitación y sin provecho, confundiendo el consumismo con la lectura, de modo que los olvidamos con la misma rapidez con que los leímos. Por su misma naturaleza limitada, el préstamo impide que el lector se convierta en un simple consumidor.

Por otro lado, siempre he creído en la conveniencia de que las bibliotecas se ofrezcan también como lugares abiertos de cultura, de charlas, de encuentros, de exposiciones, y que no permanezcan inmóviles a la espera de un cliente que venga a solicitar sus servicios: lugar de libros, pero también de otras actividades, como quería aquel Gayo Asinio Polión que fundó la primera biblioteca pública de Roma, que fue mecenas de Virgilio y amigo de Horacio y de Catulo, y el primero, también, en organizar lecturas públicas de los poetas, según cuenta Mary Beard en su extraordinario *SPQR*. Y como quiera que Polión fue gobernador de la España ulterior, quiero creer que en algún momento pasó por estos territorios de Castuera.

Y termino. De alguna forma, una vez publicado, el libro se independiza de su autor y cobra vida propia. Ya no es de quien lo ha escrito, ni de quien lo edita, ni de quien lo vende ni de quien lo compra, y solo busca a alguien que lo lea. Y en ese sentido, no hay mejor destino para él que una biblioteca pública, porque es el lugar donde encuentra a más lectores.

Muchas gracias.